

De ellos se dice: ¡Lástima de talento! Porque no van por nuestro camino nos parece que van extraviados. Decimos que se pierden porque no quieren encontrarse con nosotros.

Y ya, ni en la vida ni en la muerte los encontraremos, pues que no supimos perderlos con ellos.

Strindberg fué quizás de estos talentos perdidos. A su muerte, muchos dirán en su patria: ¡Lástima de hombre! No porque no le tienen, sino porque no le tuvieron. ¡Lo que pudo hacer si hubiera sido de otro modo!

¡Siempre quisiéramos que los grandes hombres fueran de otro modo! ¿De qué modo? Como nosotros. ¡Gran vanidad! Y es que cuando los hombres superiores no nos parecen iguales á nosotros, ya no nos parecen superiores.



XXXIV

José de Salaverría, uno de los pocos publicistas españoles que, al pasar á la República Argentina se ha enterado bien de lo que allí sucede y de lo que allí significamos, se lamenta, con muy buenas razones, de que seamos nosotros, los españoles, los más interesados en velar por la conservación de la lengua castellana en aquella floreciente República, como en toda la América que fué española, los primeros y más terribles corruptores de su pulcritud.

En efecto, aparte galicismos é italianismos inevitables, muchas de las voces y acepciones de palabras castellanas que allí nos sorprenden al significar cosas distintas que entre nosotros, son voces y acepciones muy castizas que allí se conservaron en su justa significación, y entre nosotros cayeron en desuso. Quien conozca bien el castellano hallará preciosas locuciones que nosotros per-

dimos, que tal vez en lugares de Andalucía y de Extremadura se oyen todavía.

Las desconocemos y nos burlamos de ellas, tomándolas por novedades de aquella tierra, cuando son antigüedad de la nuestra.

En cambio, aportamos la más baja jerigonza chulesca, de esa chulería literaria, que es al pintoresco y vivo lenguaje popular, lo que fué el culteranismo al lenguaje poético.

Principal vehículo de esta corrupción ha sido y es nuestro teatro, con su género chico.

En ningún teatro del mundo, se ofrece con tal profusión la copia de costumbres y tipos populares. Si la pintura fuera lo que fué con don Ramón de la Cruz y Ricardo de la Vega, nada más pintoresco ni más castizo. Por desgracia, en la pintura de costumbres y tipos populares, la verdad artística zozobra de continuo entre dos peligrosos escollos: si se idealiza por alto, la sensiblería cursi; si por bajo, la caricatura grosera.

Nuestro género chico no ha logrado evitar esos escollos. Del lenguaje no hablemos. El Parlamento, los salones, el hogar, la cátedra, la calle, todo lo ha encanallado su vocabulario.

Las señoritas dicen en la mejor sociedad.—¡Qué lata! Sus respetables madres lo dicen al oír una ópera de Wagner ó un drama poético en la Princesa.

Los niños dicen *ninchi* y la *órdiga* y la *vértiga*.

Y ¿sus personajes? Por mucho tiempo hemos importado á teatros de América el hambriento maestro de escuela ó cesante, el alcalde cerril, el chulo pendenciero, la chula desvergonzada...

¡Y aún decimos que los cuadros de Zuloaga nos desacreditan!

Consideren nuestros autores su responsabilidad. En casa bien está todo. Ya sabemos que todo no es así, aunque lo parezca. Pero en tierras extrañas han de atenerse á lo que nosotros les mostramos. Así serán cuando así se pintan, pensarán de seguro.

Y no sirve decir qué bien se divierten con esas obras y con ese teatro. Ya lo creo; nunca gozamos tanto como al sentirnos superiores á los demás.

Sólo en España profesamos el masoquismo de complacernos con nuestra inferioridad, exagerándola.

Por otra parte, como nuestro teatro grande extremó durante mucho tiempo el romanticismo, con su puntillo de honor calderoniano, sus muertes violentas y sus personajes inflexibles, no hay que decir lo que parecíamos á los pueblos americanos, cuando al través de nuestro teatro querían conocernos. Una excepción en Europa. Chulería trágica y chulería grotesca; eso era todo.

Por nuestra escena, toda de exaltación y violencia, no pasaba nunca la razón: la *sagesse*, que según Mæterlink, vence al Destino.

Y ¡si nuestra vida nacional hubiera respondido á esta visión teatral! Pero en el libro de nuestras reales aventuras faltaba justamente Don Quijote. Era el prosaico relato de pobres hechos, sin la prosa de Cervantes.

En Buenos Aires ha tenido que intervenir la autoridad para suspender las representaciones en un teatro en donde actuaba una compañía española.

Aquí no nos asustamos de nada, han dicho los periódicos; pero nos molesta la grosería.

¿Servirá el caso de provechosa lección á nuestros autores?

Consideren que la escena, como los barcos, son una prolongación del territorio nacional.

Sobre el teatro español debe ondear siempre en América la bandera española.



XXXV

Hay gentes aprovechadas que no pierden el veraneo en las ociosas frivolidades y murmuraciones de una playa á la moda ó en el aburrimiento sedático de algún sosegado lugarejo campestre. Gentes que no malgastan sus vacaciones. Su veraneo es instructivo: veraneo intelectual. No hay nada que instruya como los viajes.

Lo malo es que, por lo regular, los más propicios á estos viajes de instrucción recreativa suelen ser gentes de poco equipaje interior, ansiosa de surtirse por los ojos, para decir después lo que han visto: tener que contar.

Y allá van por el mundo: á ver cosas, muchas cosas.

El que ha visto mucho siempre hace buen papel en sociedad. Ellos quisieran verlo todo. Y van con los ojos muy abiertos, para que vayan entrando cosas cabeza adentro.

Como en las viviendas de mala escalera hay que meter los muebles por los balcones, así hay cerebros en que las cosas han de entrar por los ojos. Sólo saben de lo que han visto. ¡Cómo si alguien pudiera ver nunca lo que no sabe!

Vuelven de sus andanzas con el cerebro como los baules, cubierto de etiquetas de colores pegados con engrudo. Traen de qué hablar para toda la vida. Por donde han ido han visto cuanto había que ver.

Ha pasado sobre ellos el prestigio de la antigüedad. ¡Las antigüedades! Palabra mágica en que se confunden siglos y reyes: un catorce ó un quince pueden ser un siglo ó un Luis de Francia. Habrán visto muebles del siglo XIV y catedrales á lo Luis XV.

Los paisajes urbanizados por el turismo tendrán también el prestigioso encanto que *cobra* la Naturaleza cuando ha costado dinero y molestias el admirarla.

Por las calles sorprenderá todo: las escobas de los barrenderos y las cestas de las cocineras.

En el extranjero todo parecerá más adelantado y mejor que en España. Todo, me-

nos el tabaco, los pies de las mujeres y la marcialidad de los soldados. ¡Ah! Los cocheros parecerán lo mismo.

Entre estos del veraneo intelectual, los hay que van á verlo todo. Pero hay especialistas que sólo van á ver una cosa. Los más temibles son los especialistas médicos. Si tropiezan en el extranjero con una nueva enfermedad que aun no tiene remedio, quieren que todo el mundo la padezca. Y si tropiezan con un remedio, se creen en el caso de inventar en seguida una enfermedad á que poder aplicarlo.

En Arte hay especialistas de un solo pintor y hay especialistas de Wagner.

¡Qué felicidad para ellos al abrumarnos con su compasión desdeñosa! A Wagner hay que haberle oído en Alemania.

Y, en efecto, hallá han penetrado en el Nirvana artificial producido por esa música de hipnotismo, sugestionadora de cerebros débiles y perturbados, de *snoobs* y de histéricos. Esa música, que primero produce la anestesia de la inteligencia y después opera sin dolor, hasta extirparla. Cuando Wagner haya perdido su supremacía artística,

le quedará siempre la de hipnotizador. Era, sin duda, maestro en ocultismo. Su perturbadora influencia determina el mayor contingente al veraneo intelectual.

¡Oh, los que veranean para instruirse!
¡Cómo ven, cómo observan! Yo vi en una ocasión á uno de estos viajeros comunicar á un amigo sus observaciones. Era en el comedor del hotel.

—¿Ha visto usted? Hay aparatos de luz eléctrica y aparatos de gas.

—Sí, ya lo veo.

—Debe ser, sin duda, para poder encender luz de gas si la corriente se interrumpe y no luce la luz eléctrica.

—Es una precaución. Está muy bien pensado.

Y por este orden de ideas siguieron discutiendo.

¡Y dirán que los viajes no despiertan la inteligencia!

¿Qué sería de nosotros sin el veraneo intelectual?

XXXVI

Los Juegos Florales provincianos son un festejo inofensivo de feria. Ya, ni siquiera sirven de pretexto para que algún personaje político, mantenedor, exponga su programa ó haga declaraciones. Los poetas tampoco necesitan de estos certámenes para revelarse. Los Juegos Florales son un anacronismo que perdura por su misma inocencia.

Excepción de esta insignificancia han sido en este año los Juegos Florales de Ceuta. Para Ceuta, los Juegos Florales eran algo más que obligado festejo de feria. Eran algo así como su fe de vida ciudadana.

Por torpeza ignorante de nuestros gobiernos, la importante plaza de Ceuta, nuestro centinela en el Estrecho, nuestra vanguardia en Africa, fué por mucho tiempo pavorosa representación de infierno dantesco: el presidio, el fijo de Ceuta. Eso era la avan-

zada de nuestra misión civilizadora en Marruecos.

Los moros pudieron decirnos lo que dijeron los americanos á los ingleses con la misma razón:

—Nos enviáis vuestros criminales. ¿Qué diríais si nosotros os enviáramos nuestras serpientes de cascabel?

Por fortuna, el Gobierno del señor Canalejas,—y es más de admirar esta decisión por cuanto el señor Canalejas fué el iniciador de la Colonia penitenciaria de Ceuta—atendidas las indicaciones del general Alfau, única autoridad española de quien no he oído hablar mal á nadie en los dominios por él gobernados, acordó reembarcar para España á los penados, dejando á Ceuta limpia de tan perniciosos sujetos; más ilbres que sujetos, por desgracia.

Hoy Ceuta es una ciudad alegre, risueña, de inmejorables condiciones climatológicas. Muchas playas del Norte pueden envidiarla como estación veraniega. Doy fe de ello.

Sacudida la pesadilla del presidio, Ceuta despierta á la vida moderna, ansiosa de mejoras; tal vez demasiado impaciente por lo-

garlas. Más vale así. Los impacientes se quejan de dificultades para edificar. Las históricas, ya inútiles murallas, son un ahogo para la necesaria expansión de la ciudad.

Todo irá conciliándose. La plaza de guerra y la ciudad serán compatibles. Los impacientes deben considerar lo que se ha hecho en muy poco tiempo. Se trabaja con actividad en las obras del puerto, se edifica cuanto se puede. El general Alfau da para ello cuantas facilidades están en su mano. A su inteligente iniciativa deberá Ceuta en primer término su verdadero lugar en nuestra ocupación de Marruecos.

No están muy lejanos los días en que apenas podría salirse sin riesgo al campo de Ceuta. Hoy, sin algaradas, sin haber disparado un solo tiro, se va desde Ceuta á Tetuán, como desde San Sebastián á Biarritz; con más seguridad que por un bulevar de París á deshora.

En el extranjero, donde gracias á nuestros amigos los franceses, tanto se ha regateado el valor de nuestra acción en Marruecos, empieza ya á comprenderse que, en menos tiempo y con más dificultades de todo gé-

nero, hemos hecho más que los franceses.

Lo que quede por hacer es ya cuestión de dinero. Dinero, que en asuntos de colonización es gran parte del espíritu nacional.

El país trabajador y contribuyente no lo ha escatimado para gastos de guerra. Aunque, mal preparado por sus directores, la empresa de Marruecos no contaba con su simpatía.

Por fortuna, el sentido de la realidad ha logrado lo que no intentaron los gobernantes y lo que nunca hubieran conseguido los vengingleros colonistas y conquistadores de gabinetes con sus ponderaciones á destiempo.

Lo que hemos dado en llamar el problema de Marruecos sorprendió á nuestros gobiernos. ¿Cómo no había de sorprender al país al precipitarse los sucesos por impaciencias francesas, justificadas en cualquier momento por la situación del caduco imperio marroquí?

España, por su posición geográfica, por su historia, por su porvenir, del que no pueden desentenderse nunca los pueblos ni los individuos, bajo pena de muerte suicida, no podía en modo alguno desentenderse del pro-

blema que se le planteaba. Ciertamente que el país aun estaba con la ropa tendida á secar, como el poeta, y más para atender á fortalecerse en casita que para correr aventuras. Pero... era el caso de quien le ofrecen un piano de ocasión cuando más necesita una batería de cocina. La batería es más necesaria, pero el piano es de ocasión y, ¿quién sabe si volverá á presentarse?

Cuando hay que poner casa con poco dinero, se adquiere lo que se va presentando, como se puede. Por ahora no corría prisa el piano. De perder la ocasión, no hubiéramos tardado en deplorar el haberle dejado escapar. Ya nos gustará oírle ó tocarle cuando estemos más tranquilos.



Aunque en nosotros, los escritores, el hacer provisiones como la hormiga sea siempre como si cantáramos igual que la cigarra, hoy será mi canción de verano un aviso á las buenas almas capaces de... ¿diremos compasión? ¿diremos justicia?

Todas las noches, al retirarnos, ya muy tarde, vemos por las calles á las vendedoras de periódicos, pobres mujeres. Muchas de ellas tienen á sus hijos, niños de corta edad, despiertos ó mal dormidos á esas horas en que los niños ricos duermen lo mejor de sus sueños.

Y, en verano; es posible que ni las madres de esos niños que duermen desde muy temprano reparan al pasar en los pobres trasnochadores. En verano, el espectáculo no es tan lastimoso. Los pobres niños duermen en bra-

zos de su madre, ó juegan delante de ellas, medio desnudos, y puede asegurarse que aun están mejor que en su casa, algún zaquizamí sin aire, mal oliente. Pero llegará el invierno y no será lo mismo.

Entonces, todo el calor de la madre, al arrebujarlos bajo el sutil mantoncillo, la que puede permitirse ese lujo, las prendecillas de abrigo con que pueda resguardarlos en su pobreza, no bastan á defender á los pobres niños de las noches crueles del invierno, esas noches de las que dijo Shakespeare: «Noches son estas que no tienen compasión de los viejos ni de los locos.» ¡ En los tiempos de Shakespeare se pensaba poco en los niños!

Y aquí de mi canción de verano y ¡ojalá fueran provisiones allá para el invierno! Las infelices mujeres que han de trasnochar para ganarse la vida no pueden dejar á sus hijos en casa sin calor, sin luz: las criaturas se morirían de frío y de miedo. Pero ¿en la calle? ¿No habéis oído nunca entre el vocear desalentado de la madre, á la madrugada, una tos bronca, seca, y una respiración fatigosa y un quejido de llanto?... Y

todo ello, que sería alarma y angustia en una familia de clase, para la pobre mujer no es siquiera extrañeza... ¡ No es el primero que se le muere! Y otros, en cambio, torieron así y no se murieron. Sea lo que Dios quiera!

Por iniciativa de una reina santa, con amorosa veneración favorecida después por la protección de otras reinas de España, hay un asilo para los hijos de las lavanderas: allí pueden dejarlos durante las horas de su rudo trabajo, y la buena obra será siempre bendecida por esas pobres mujeres.

¿Sería imposible algo semejante para los niños de las vendedoras de periódicos? ¿No pudiera, por distritos ó barrios, establecerse unos cuantos asilos en donde esas criaturas pasaran las horas despiadadas en las noches de invierno, al cuidado de hermanas de la Caridad ó de buenas mujeres consagradas á esa buena obra?

¿En qué barrio de Madrid no hay solares en abundancia en donde pudieran construirse barracones bien acondicionados? ¿Costaría tanto? ¿No sería dinero bien empleado? Ahora, esta es mi canción; al viento va.

¿Quién la recoge? Yo á nadie la dedico. El Ayuntamiento de Madrid tiene bastantes cargos encima; la caridad pública está muy explotada; las personas caritativas tienen sus pobres; las empresas teatrales son las mayores contribuyentes á toda obra caritativa y no es justo abrumarlas tanto... Y, no obstante, es preciso que esta canción, con la *Canción de la camisa*, de Tomás Hood, llegue á los ricos. Por lo menos, á los que sean padres y al salir del teatro, del círculo confortable, en una noche de invierno, hayan oído una de esas toses de niño, broncas, secas, desgarradoras, y hayan pensado en sus hijos y hayan dado gracias á Dios de que sus hijos duerman bien abrigados en aquellas horas...

Pues esa acción de gracias no debe ser como la del fariseo: «Te doy gracias, Señor, porque no has permitido que yo sea como ese otro hombre». No. Cuando demos gracias á Dios porque nuestros hijos no se mueren de frío, sea no permitiendo que otros niños puedan morir por nuestra indiferencia, por nuestra frialdad. No seamos más despiadados que las noches de invierno. Va-

yamos haciendo provisiones. ¡Ay, si las cigarras supiéramos de ser hormigas! ¡Oh, si nuestra canción fuera capaz de conmovérlas!



El moro de Tetuán no es el moro fuerte, arrogante, de señorial altivez, aun en la mayor pobreza. Es el moro degenerado, industrial, comerciante, doméstico. Para una raza guerrera todo trabajo es degeneración. Castigados también por el paludismo, el aspecto en muchos de ellos es enfermizo. La estatura media no es muy elevada. Lo que sorprende es hallar á cada paso rostros conocidos: esta cara la hemos visto en un lugar andaluz, esta otra en un lugar de Toledo. Y no sólo entre los moros de condición humilde: entre los de clase elevada saludamos á cada paso á ilustres españoles muy conocidos. Un inteligente militar me decía en Ceuta: «Ya verá usted, ya verá usted cuántos parecidos á personas que usted conoce encuentra usted en Tetuán». A Rodrí-

guez Marín le he saludado yo allí muchas veces.

Lo cierto es que en Tetuán se encuentra uno como en casa.

De la mujer mora no es fácil que el extranjero, de no residir allí durante muchos años, pueda dar razón exacta. Por lo que del personal femenino vislumbra el viajero, más se agradece lo tapado que lo descubierto.

Hay que advertir ¡eterno femenino! que los más horripilantes vejesterios son los más extremosos en ocultar el rostro. ¡Lástima que muchas cristianas en iguales condiciones no nos dispensen por aquí igual merced! Nuestra religión no escatima las mortificaciones.

Algunos de mis compañeros de viaje lograron percibir por una puerta entornada al descuido dos ó tres moras jóvenes y bellas. Hubo chillidos, y la puerta se cerró de golpe. Mis compañeros celebraron mucho la fugitiva visión. Quizás su mayor encanto fué el ser fugitiva. Pongamos también en la cuenta que eran las dos de la tarde y no habíamos almorzado todavía.

El mayor encanto de Tetuán es la chiquillería. Los niños moros y los niños hebreos son las más lindas y graciosas criaturas del mundo. Muy blancos, como todos los niños que de mayores han de ser muy morenos, de ojos hermosísimos, herencia divina de esas razas creyentes y soñadoras que han sabido mirar más allá de los cielos. Aun entre los más pobres no se advierte ese abatimiento de servidumbre, esa tristeza y ese mirar receloso, como de animal hostigado, que se advierte en el niño pobre de nuestras ciudades. La mirada es franca y viva, de cachorro fuerte y bien criado. Piden sus perras, no como una limosna, como un tributo.

Al pedir son bulliciosos, no plañideros. Son como principitos que jugaran á los mendigos.

Y en esos pueblos, que Europa orgullosa pretende civilizar, todos los niños van á la escuela.

Casi á la puerta de la calle, sentados en corro al derredor del maestro, se ve á los arrapiezos con gran compostura, y desde muy lejos se les oye canturrear sus lecciones

con ese ritmo mnemotécnico, tradicional también en nuestras escuelas.

Patrocinada por nuestro cónsul en Tetuán, don Luciano López, á quien tanto debe la causa española en aquellas tierras, dirigida por el canciller del Consulado, don José González, inteligente colaborador de nuestro cónsul, tenemos en Tetuán una escuela de español, para moros y hebreos.

A ella acuden numerosos alumnos, niños y adultos. Allí, con paciencia y constancia ejemplares, don José González les enseña en nuestro idioma de nuestra historia y de su historia propia, geografía de España y geografía de Marruecos.

La instalación de la escuela es modesta. Una razón es la economía. ¿Por qué ha de ocultarse? Otra es que los moros son amigos del misterio en todas sus cosas, y quizá una instalación ostentosa y muy significada en vez de atraerles á nuestra escuela les apartara de ella.

Lo importante es que allí se realiza buena labor patriótica, siembra espiritual que nunca se pierde.

¿Y cómo no sentir emoción profunda al

oir en labios de aquellos niños moros nombres de ciudades y ríos españoles, que son nombres árabes?

¿No es esta la mejor consagración de nuestros derechos, tan disputados, en Marruecos?



La revista *Pro Infancia*, publicada por el Consejo superior de Protección á la Infancia y Represión de la Mendicidad, anuncia en uno de sus números últimamente publicados la fundación, en Inglaterra, de la primera colonia de niños, copia de las comunidades infantiles con tan buen éxito establecidas en los Estados Unidos.

Dice *Pro Infancia*: En los Estados Unidos, los niños y niñas que han cometido algún delito no van á las cárceles. Se les confina en una granja y se les deja que se gobiernen como las plazca.

Eligen por sufragio universal, directo y secreto, un presidente, un juez y un administrador.

El juez dicta las sentencias, las comunica por escrito á las autoridades y éstas las hacen cumplir á los sentenciados.

Sir Montagu, que ha estudiado el funcio-

La revista *Pro Infancia*, publicada por el Consejo superior de Protección á la Infancia y Represión de la Mendicidad, anuncia en uno de sus números últimamente publicados la fundación, en Inglaterra, de la primera colonia de niños, copia de las comunidades infantiles con tan buen éxito establecidas en los Estados Unidos.

Dice *Pro Infancia*: En los Estados Unidos, los niños y niñas que han cometido algún delito no van á las cárceles. Se les confina en una granja y se les deja que se gobiernen como les plazca.

Eligen por sufragio universal, directo y secreto, un presidente, un juez y un administrador.

El juez dicta las sentencias, las comunica por escrito á las autoridades y éstas las hacen cumplir á los sentenciados.

Sir Montagu, que ha estudiado el funcio-

namiento de estas colonias americanas, asegura que los resultados obtenidos son admirables.

Hay algunas, las más numerosas, que tienen su Palacio de Gobierno, su Parlamento en miniatura, su cárcel pública y su Juzgado de paz.

Niños y niñas votan á sus diputados, y éstos deliberan y redactan leyes que el presidente de la pequeña república aplica inexorable.

En una conferencia dada por Sir Montagu, en Londres, dijo: Yo creía que esas colonias eran cosa de juego; pero cuando vi cómo un juez de trece años condenaba por robo á un muchacho de catorce á dos meses de cárcel, y cuando vi que el condenado ingresaba en la cárcel de la Colonia, resignado con su suerte, comprendí que aquello era más serio de lo que yo suponía.

Los fallos de los infantiles jueces son notables por su moderación y sabiduría. Cuando alguno es injusto, todos los electores de la Colonia se reúnen en asamblea, destituyen al juez y eligen otro. Igual proceden con el presidente si no gobierna con rectitud.

El administrador, es decir, el ministro de Hacienda, presenta sus cuentas todos los meses. Los presupuestos son mensuales.

Los niños trabajan en diversos oficios y el Estado compra las obras ejecutadas. Cada uno puede disponer de lo ganado con su trabajo, pero ha de pagar con parte de ello las contribuciones votadas por las Cámaras.

Según Sir Montagu, los niños de peores inclinaciones se enmiendan y vuélvense trabajadores y honrados á los pocos meses de practicar la ciudadanía y vivir entregados á sí mismos. ¿Cuándo llegaremos en España á conseguir algo semejante? ¿Cuándo llegaremos á borrar de nuestra legislación penal el funesto concepto de la maldad, ingénita en el hombre?

El deber social de la reparación, para ser justo ha de pesar en sus sentencias tanto la responsabilidad del delincuente como la responsabilidad social.

Si el delincuente es deudor á la sociedad dé una reparación. ¡Cuántas veces la sociedad no estará en deuda con él, de Amor y de Justicia!

¿Y si el delincuente es un niño abandonado?

do? Entonces, la responsabilidad social es mayor y la sociedad es la que debe imponerse, no diré el castigo, no puede serlo el fecundo trabajo de ennoblecer y dignificar á una criatura humana: algo así como entre espiritistas se entiende por *sacar á luz* á un espíritu.

¡La maldad de los hombres! Yo no sé si hay hombres malos. Pero niños malos sé que no los hay, no puede haberlos. Todos somos malos ante el odio, ante la crueldad, ante la injusticia. Pero no preguntéis por nosotros á los que nos odian: preguntad á los que nos aman. En ellos está la verdad de nuestra vida. Sólo el que de nadie supo hacerse amar puede ser malo en absoluto. Y si todos nos amáramos como buenos, ¿es posible que nadie fuera malo?



XL

Los periódicos se desviven por obsequiar á sus lectores. Dinero, automóviles, viajes, dotes matrimoniales... Yo no sé si los periódicos ganarán mucho con todo esto; lo que sí puede asegurarse es que el público no pierde nada.

Sin embargo, como este es el país en que el sabido cuento del padre, el hijo y el burro, es de actualidad sempiterna, hay quien se molesta por el obsequio. Es poco serio, dice. ¡Seriedad! Como si nuestros periódicos fueran poco serios.

Justamente, vienen á diario para meterle á uno el corazón en un puño. Ya el correr de la vida nacional no es muy agradable: malas cosechas, graves problemas monetarios, catástrofes de mar y tierra, emigración, crímenes... De todo ello forzosamente han de dar cuenta exacta los periódicos. A nues-

tras propias calamidades añádanse las extranjeras y dígase á qué puede quedar reducido el espacio dedicado á la literatura y á otras amenidades. Pero, sí. ¡ Buena está nuestra literatura y menguada nuestra amenidad!

Con tal menosprecio se han visto juzgados los escritores ligeros y frívolos, aun aquellos cuya frivolidad es sólo aparente, que ya sólo algunos muy denonados se atreven á cargar con el sambenito de la frivolidad y del regocijo. Todos nos hemos metido á sermoneadores y á moralistas; todos somos á notar pecados y errores nacionales, á proponer remedios ó á clamar contra lo irremediable. Acongoja leer los periódicos. Ya sabemos que no estamos muy bien, pero, ¡ caray! no es cosa de que nos lo digan todos los días.

Cualquier español, al leer diariamente un periódico, puede exclamar como aquel á quien le leían su testamento, y como á cada cláusula se repitiera: «A la muerte del testador», y: «Si á la muerte del testador», y vuelta á lo mismo, él, muy cargado, interrumpió: ¡ Pero en ese papel no se habla más que de mi muerte!

Los periódicos, con muy buen acuerdo, han querido alegrar con algo á sus lectores, y hete aquí que los hombres funerarios han protestado contra esa falta de seriedad.

Las protestas han redoblado contra el obsequio de *Nuevo Mundo* á diez modestas madrileñas.

Aquí ya no se ha hablado sólo de seriedad, sino de algo más grave. Se ha dicho que, el proporcionar á esas simpáticas muchachas unos días de holgorio y honesto esparcimiento, era tanto como empujarlas al precipicio de la deshonor, despeñar su virtud por la espantable sima del placer y de la holganza. —Me parece que he estado apocalíptico.— ¡ Válgame Dios, y qué idea tendrán de la virtud y del placer esos moralistas! ¡ Y qué idea tan pobre de la psicología femenina! Sí que la imaginación de la mujer necesita asomarse á la realidad para soñar con lujos y placeres. Más peligra su virtud en lo soñado que en lo vivido. Al contrario, tal vez para las modistas madrileñas esos días que han pasado por su vida como un sueño puedan haber sido para ellas tan provechosa lección como lo fué para Segismundo aquel sueño

de su vida, donde aprendió cómo la vida es sueño.

Según esos timoratos, espantadizos de los peligros que puedan correr la virtud en tan pequeña prueba, nadie debiera asomarse nunca á superior esfera de la suya.

En peligro estará la virtud de las pobrecitas cursis que desde el Paraíso del Real se asoman á contemplar el lujo de las grandes señoras que ocupan palcos y butacas. En peligro estará la virtud de los pobres niños que pasan sus vacaciones en las colonias escolares, bien alimentados y bien atendidos y que han de volver luego á sus tristes hogares de miseria y de pena.

¿Y qué diremos de la virtud de los periodistas, los buenos chicos de la Prensa? Varias veces al año, por obligación de su ministerio, con ocasión de un viaje regio, de la botadura de un barco, de unos festejos provincianos, pasan unos días agasajados, á cuerpo de rey, traídos y llevados en automóviles, de banquete en banquete, de fiesta en fiesta. Y muchas veces quien los obsequia y hasta pretende humillarlos con su lujo, es algún personaje de moralidad acomodati-

cia, que logró su brillante posición por algún negocio antipatriótico, mientras ellos, los chicos de la Prensa, los que acaso contribuyeron con sus elogios desconsiderados al encumbramiento del personaje, no pasarán en toda su vida de los veinte ó los treinta duros de sueldo mensuales.

Y, no obstante, terminarán los festejos y volverán á su redacción y á su modesta casa y á su vida de apuros y de trabajo y su virtud no habrá corrido ningún peligro.

Y yo, que tengo en más alto concepto la moralidad de las mujeres que la de los hombres, ¿cómo puedo creer que la virtud de las simpáticas modistas pueda peligrar por un viaje inocente de veraneo?

¿Tan alta idea tienen los ricos de sus placeres?

¿Creen que son tan envidiables? Quizá desde lejos; de cerca, crean los moralistas, peligra más la virtud de una humilde obrera en una noche de la Bombilla ó en una tarde de las Ventas, que en el Casino de San Sebastián y en los salones de un Ayuntamiento de provincia.